

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

JAIIME TAMAYO EN EL INTERINATO
DE ADOLFO DE LA HUERTA Y EL
GOBIERNO DE ALVARO OBREGON
(1920-1924) EN LA CLASE OBRERA
EN LA HISTORIA DE MEXICO. Ed.
SIGLO XXI IIS-UNAM-1987

Elisa Cárdenas Ayala

El período 1920-1924 es, sin lugar a dudas, uno de los más intensos que en materia social y política haya vivido nuestro país, tanto por su insegura situación internacional como (y muy especialmente), por los problemas internos resultantes por una parte de la herencia porfirista —que no había podido ser desplazada sino de jure y que continuaba fuertemente arraigada en las formas reales de explotación del proletariado de la ciudad y el campo— y por otra de una década convulsa y evidentemente titubeante, en

que ninguna de las facciones revolucionarias había conseguido imponer aún su proyecto de Estado de manera perdurable.

El movimiento revolucionario, ante el reto de consolidar los logros de las recientes luchas, con la necesidad de no tolerar que fuesen desvirtuados por la intervención de grupos nacionales y extranjeros afectados; con la urgencia de organizar sus propias bases sociales, de manera de poder sostener no sólo las conquistas, sino también la ideología sustentada.

En 1920 con el triunfo de la rebelión de Agua Prieta, alcanza el poder un grupo que habría de establecer, en breve, las bases del moderno Estado mexicano, bases que se constituyeron mediante una política de conciliación de intereses de las diversas clases sociales que posibilitaba el fortalecimiento del propio aparato estatal por encima de ellas.

¿Cómo se dió la relación entre este Estado encabezado por el Grupo Sonora y las bases que lo sustentaban y que habían hecho posible su ascenso?

¿Cuáles son las clases sociales que de una u otra manera participan en estos cuatro años de consolidación del México moderno?

¿Cuál es el papel específico de la clase obrera en dicha consolidación?

¿Cómo se organiza, ¿cómo se le organiza? ¿cómo se le encara y finalmente se le subordina al proyecto del nuevo Estado? En otras palabras: ¿qué es la clase obrera al despuntar el Estado de la revolución? ¿cómo crece al amparo del mismo y cómo poco a poco va constituyéndose en un apéndice de su proyecto?

Es en torno a estas cuestiones fundamentales que giran los siete capítulos de la obra de Jaime Tamayo, mismos que se presentan en el orden siguiente: I. El obregonismo y la modernización del Estado mexicano, II. La CROM. El sindicalismo de la acción múltiple, III. La CGT. El anarcosindicalismo y la acción directa, IV. La CNCT. El sindicalismo confesional, V. La clase obrera industrial y el movimiento sindical, 1920-1924, VI. Las organizaciones obreras regionales y los caudillos populares, y finalmente VII. La rebelión delahuertista y el movimiento obrero. Antes de detenerse en cada uno de ellos, es preciso señalar la importancia de las aportaciones teóricas de la obra que se refieren básicamente al papel histórico jugado por el Estado y que, siendo apuntadas desde la introducción:

“... es necesario reconsiderar el papel del Estado en tanto que referente obligado para todo movimiento so-

cial: ya sea que éste actúe como interlocutor o como expresión contestataria de un sector social, siempre estará presente una u otra forma de relación con el Estado, y en una u otra medida, por decisión propia o por la violencia del Estado, los movimientos sociales establecen límites a su acción frente a aquél. Esto es particularmente válido en referencia a la clase obrera y al movimiento obrero en el período de 1920-1924”. pp. 11-12.

van corroborándose a lo largo de los diversos capítulos, para reiterarse en las conclusiones:

“Las movilizaciones obreras y campesinas y de sectores medios urbanos así como las respuestas de los sectores afectados de la clase dominante, terratenientes, empresarios y casatenientes, fueron delimitando los espacios de las reformas que podría permitir, impulsar o contraer el propio Estado; igualmente determinaron el margen de manobra del mismo en los diferentes campos de la vida social y económica y en las diversas regiones del país.” p. 289.

La estructura de la obra permite, en principio, conocer de manera general el proyecto obregonista de modernización, proyecto dominado por la tendencia a hacer del Estado un árbitro de la lucha entre las clases sociales utilizando para ello una política conciliatoria. Esta posición en tanto

que colocaba al Estado por encima de las clases volviéndose en cierto modo necesario para la convivencia de las mismas, redundó en un claro fortalecimiento de aquél. ¿Cuál fue la estrategia utilizada para alcanzar esta posición? La alianza de clases; evidentemente establecida con aquellas que habían hecho posible el arribo al poder. Así, es particularmente significativo el pacto firmado por Obregón, candidato a la Presidencia, con la naciente CROM. Y ¿cuál fue el instrumento del obregonismo para conservar y fortalecer esa alianza de clases? el populismo, factor determinante para las conquistas obreras y campesina. Durante los años 1920-1924, la alianza del obregonismo con la clase trabajadora, no es una alianza velada; se pone de manifiesto en el fortalecimiento de las organizaciones partidarias de establecer alianzas con el Estado y, por otra parte, también en el hecho de que organizaciones de corte antiestatalista fueron, si no favorecidas, sí toleradas, aún cuando evidentemente no en sus ataques directos al Estado.

Después de asentar el papel preponderante de las clases populares en el proyecto obregonista, Jaime Tamayo presenta el origen, la estructura, organización y composición de las tres grandes centrales obreras de la época (Confederación General de Trabajadores, Confederación Regional Obrera Mexicana y Confederación Nacional Católica del Trabajo), así como los vínculos reales de las mismas con el Estado y con la propia clase que decían representar. De esta manera, encontramos una central evidentemente mayoritaria, la CROM, que crece bajo los auspicios del Estado y alcanza fuerza como ninguna (el que a buen árbol se arrima. . .)

pero que precisamente por sus vínculos tan estrechos con el Estado y además por la constitución de sus cuadros dirigentes en una élite verdaderamente inaccesible para la base, se fue poco a poco convirtiendo en un canchero a las puertas del Estado, sobre todo al ir cobrando fuerza dentro de éste, corrientes distintas de la obregonista, concretamente: el callismo. La postura de esta central, a favor de la acción múltiple, postura por lo demás sumamente pragmática, era una lucha constante por cooptar bajo su dirección a toda organización obrera que surgiese en el país, de suerte que la CROM fue el mejor instrumento con que pudo contar el Estado, primero bajo Obregón y posteriormente bajo Calles, para corporativizar el movimiento obrero.

Frente a la acción múltiple enarbolada por la CROM, y constituida por grupos anarcosindicalistas que no habían querido adherirse a aquélla, surge la Confederación General de Trabajadores en la que el ala radical del sector obrero reivindica la acción directa: la lucha de clase contra clase sin intermediación alguna del Estado. En un principio, se debatieron en el seno de la CGT grupos anarquistas y comunistas, los cuales, dado que el propio avance histórico a nivel internacional todavía no deslindaba definitivamente ambas corrientes, coexistieron durante una primera etapa constitutiva. Sin embargo, apenas los planteamientos de la central radical tuvieron que ponerse en práctica, surgieron las dificultades. Finalmente, acusados de sostener relaciones con el Estado, los comunistas fueron desvinculados de la dirección de la CGT, si bien su influencia sobre la clase obrera persistió débilmente durante los años obregonistas.

Aún cuando en no pocas ocasiones la CGT y la CROM se vieron luchando unidas, hubo una tercera confederación, la Nacional Católica del Trabajo (CNCT), que se constituyó expresamente para contrarrestar a ambas, especialmente a la primera por su carácter radical. La CNCT en gran medida era un instrumento de la Iglesia y los capitalistas para, a través de la manipulación religiosa, poner un alto al movimiento obrero organizado; así bajo la máscara de "obreros libres" encubrió y dió manga ancha al esquirolaje. La CNCT formaba parte de un proyecto a nivel latinoamericano de la Iglesia católica, el cual, habiendo surgido en el estado de Jalisco —donde evidentemente contó con gran número de adeptos— intentó más tarde constituirse en una organización nacional con miras a extenderse por el área latinoamericana. Este organismo, a pesar de la gran fuerza que en su momento llegó a alcanzar, era de suyo incapaz de representar a la clase trabajadora, ya que en principio no fue jamás realmente abanderado de las causas obreras, sino por el contrario: defendió con todas las armas que tenía a su alcance (especialmente desde el púlpito) al capital, utilizando para ello la prédica de la resignación y la no violencia, negando rotundamente a los trabajadores incluso sus derechos más elementales, como el de huelga, de donde la negación de su propio carácter y su imposibilidad natural de ser una organización de la clase proletaria y especialmente de constituir sindicatos o asociaciones obreras, tal como lo dice el autor:

"...la organización clerical, imposibilitada por su propio pecado original, no pudo competir con el sindi-

calismo revolucionario para ofrecer a la clase la satisfacción de sus necesidades más sentidas y sus intereses más profundos" (p. 193).

Tanto la CGT como la CNCT habían más temprano que tarde de desaparecer del panorama obrero en México, a pesar de la fuerza que llegaron a tener, principalmente —si seguimos la hipótesis del autor— porque su postura frente al Estado —en el caso de la primera, intransigente; en el de la segunda, de franca provocación— precipitó a la CGT en el callejón sin salida de la ortodoxia carente de pragmatismo; y llevó a la CNCT a un enfrentamiento ruinoso —cuyo cénit fue la cristiada— con un enemigo cuyas armas —la estrategia militar, la violencia, pero también el populismo— resultaron finalmente cuantitativa y cualitativamente, superiores.

En capítulo especial se trata la cuestión del proletariado industrial, por aquel entonces en proceso de formación, aunque ya caracterizado por su combatividad y capacidad organizativa. El análisis se lleva a cabo considerando, para la década de los veinte, como actividades industriales la "industria del petróleo, industria extractiva, de transformación, construcción, generación y distribución de energía eléctrica." (p. 198) Las ramas industriales destacadas en el capítulo son: textil, minera, petrolera y eléctrica; además, se incluye a los trabajadores ferrocarrileros ya que, si bien no forman parte del proletariado industrial propiamente dicho, son "Uno de los sectores más combativos de la clase obrera mexicana, teniendo una larga trayectoria de lucha que arranca desde el porfiriato." (p. 236).

Por lo que respecta a las relaciones entre el Estado mexicano y las organizaciones obreras de las anteriores ramas, el autor subraya el hecho de que, dada su capacidad de acción de las mismas el Estado se dió a la tarea de corporativizarlas, proceso que se ve culminado durante el régimen de Calles.

Uno de los aspectos cuya importancia resalta la obra, es el de los estudios a nivel regional, que viene a romper con la enquistada práctica de hacer de la historia del centro del país la historia nacional. De esta manera, resulta una parte básica de la obra la dedicada a la situación del movimiento obrero en las regiones donde fue particularmente relevante su actuación, tomándose los casos de Jalisco, Veracruz, Tabasco y Yucatán (que entre sí difieren notoriamente), por ser en ellos donde se dan fuertes caudillismos regionales y donde por consiguiente se dan situaciones de alianza o choque de la clase obrera con el poder estatal que igualmente van contribuyendo a la demarcación de las líneas de acción tanto de las clases sociales como del Estado y que, asimismo, forman parte del proceso de consolidación del Estado mexicano moderno en cuanto afirmaciones de la todavía existente soberanía de las localidades frente a un proyecto centralizador, ante el cual poco a poco irían sufriendo.

El último capítulo de la obra analiza la participación de la clase obrera durante el más fuerte cuestionamiento de que fue objeto el proyecto de Estado moderno que intentaba consolidar el obregonismo; la rebelión delahuertista. Dicho cuestionamiento, surgido del interior del propio grupo en el poder, es un intento de hacer retroceder al populismo y, en consecuencia, echar hacia

atrás los logros de obreros y campesinos. La rebelión delahuertista, sustentada principalmente en elementos del ejército, motivó la movilización de grandes contingentes obreros en defensa del Estado, defensa que también lo era de las conquistas difícilmente alcanzadas y que ahora se apoyaban en el populismo.

Si bien es cierto que la llamada "rebelión sin cabeza" puso de manifiesto las resquebrajaduras al interior del aparato estatal, también es cierto que constituyó una muestra viva de la alianza existente entre el Estado populista y el proletariado mexicanos, así como de la fuerza y capacidad organizativa con que contaba ya la clase obrera mexicana en aquel tiempo.

Para 1924, el llamado "Grupo Sonora" había dejado de cumplir su función como tal y en su seno se dejaban sentir fuertes contradicciones que trascendían más allá del gabinete presidencial: la alianza de Adolfo de la Huerta con grupos retardatarios era evidente, como lo era también el apoyo de Obregón a Calles y como no dejaban de serlo las grandes diferencias entre el caudillo y su secretario de Gobernación; diferencias cuya importancia se da en términos de las concepciones que cada uno tenía en torno a lo que debía ser el Estado mexicano.

El pragmatismo de la CROM muy pronto obtuvo la alianza con Calles, posición que le permitiría en lo sucesivo golpear a sus adversarios y conservar la hegemonía entre la clase obrera, pero que también le haría doblar cada vez más la cerviz a medida que el Estado avanzaba en su consolidación.

Conocer la historia de la clase obrera, particularmente en un período en que se caracterizó por su combatividad, resulta

fundamental si se quiere comprender su papel en la constitución del México que vivimos.

El proceso de corporativización de la clase obrera, iniciado entre 1920 y 1924, fue llevado, durante las décadas siguientes a extremos tales que volvieron su caminar el de un gigante anquilosado.

Recientemente, el grupo en el poder ha tomado una serie de medidas con miras a desmantelar el Estado de masas que parece ya no resultar de su conveniencia. El populismo, base de la propia corporativización

ha ido reculando día con día y con ello el avance de las conquistas obreras se torna cada vez más lento.

Indagar en el pasado nos permite vislumbrar nuevas expectativas y quizás, ¿por qué no?, nuevos y mejores mecanismos de lucha.

TAMAYO, Jaime, en *"El interinato de Adolfo de la Huerta y el gobierno de Alvaro Obregón (1920-1924)"* en *"La clase obrera en la historia de México"*. Ediciones Siglo XXI, IIS-UNAM, 1987.